

Lo que sea de cada quien

La aritmética de González Uribe

Vicente Leñero

Cuando José Sánchez Villaseñor planeaba la carrera de Ciencias de la Comunicación para la Universidad Iberoamericana, yo solía acompañar a Ramón Zorrilla a visitar al jesuita. Los oía debatir sobre los planes de estudios y a veces metía mi cuchara para proponer materias prácticas del oficio reporteril. Ellos no querían formar reporteros, querían líderes de opinión.

En 1962, sin embargo, me invitaron a dar una clase de periodismo a la segunda generación, en la unidad de la calle Zaragoza. Acepté más por apremios económicos que por vocación de maestro. Esto no era como la Septién García, con muchos sencillos, sin pretensiones universitarias, sin aspiraciones filosóficas.

Los alumnos me vapulearon desde el principio. A ellos les interesaban sobre todo las teorías en boga de McLuhan —el medio es el mensaje—, no el qué cuándo dónde cómo de la estrategia noticiosa. El día en que intenté inculcarles conocimientos tipográficos ellos reaccionaron apodándose “el cuadratín”, un sobrenombre que me hacía sentir cajista de imprenta, no profesor universitario.

El grupo se me salía de las manos frecuentemente. Mientras escribía en el pizarrón sobre picas y puntos (10/10, 11/12) oía a mis espaldas murmullos, risitas, revuelos de quienes se escapaban del salón. Entonces me daba la vuelta de repente y clamaba:

—Examen sorpresa de conocimientos periodísticos. Saquen un papel. Contesten. Quién es el subsecretario de Economía. Quién es el presidente de Costa Rica. Quién es el secretario general de la OEA. A qué país pertenece la isla de Tasmania.

Estaban justificados mis miedos porque en aquel grupo militaban alumnos que con el tiempo se volverían gente importante:

Francisco Prieto, Bruno Newman, Raúl Cremoux, Cristina Romo, Francisco Rodríguez Ezeta...

Así la fui llevando con esa generación. Incluso acepté un segundo grupo —los apremios económicos se mantenían— cuando la Iberoamericana se cambió a la Campesstre Churubusco. Una mañana, después de clase, me llamó a su despacho el jesuita Héctor González Uribe, director de la carrera. Los alumnos le decían El Rino, en relación con una obra de Ionesco, *Rinoceronte*, pero nunca entendí la conexión.

Temí un regaño por alguna queja escolar contra la superficialidad de mis clases. Sin embargo, González Uribe me recibió con extrema afabilidad:

—Tome asiento, maestro. ¿Gusta un café?

—Gracias.

—Necesito hacerle unas preguntas de orden logístico —dijo—, nada importante.

—A sus órdenes, doctor.

—Usted da dos horas de clases, ¿verdad?

—Martes y jueves de ocho a diez, doctor.

—¿Llega a las ocho en punto, o un poco después?

—A las ocho cinco, a las ocho diez... según el tráfico.

—Digamos a las ocho y diez —y se puso a escribir números en un papel—. No hay problema, es correcto. ¿Y se sigue hasta el final?

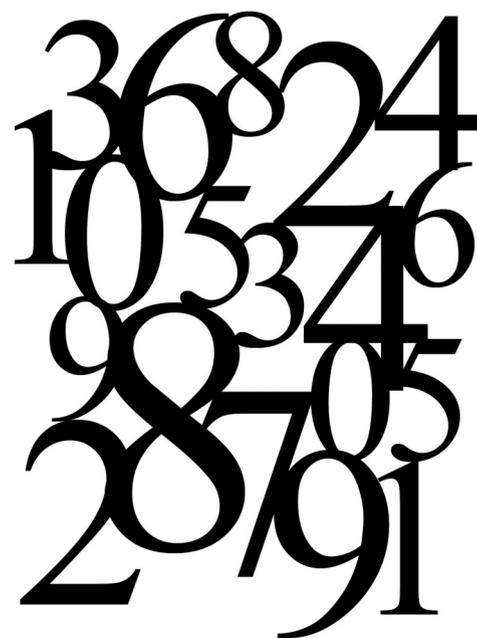
—No, hacemos un *break* a la mitad.

—Muy razonable, maestro.

—Tomo un café con los alumnos. Conversamos de asuntos periodísticos, de literatura...

—¿De cuántos minutos es eso que usted llama *break*?

—Quince, veinte minutos, doctor... ¿Está mal?



—Para nada, maestro, para nada —y anotó—. Digamos quince minutos.

—Luego sí, ya me sigo hasta el final.

—¿Y se va a las diez en punto o un poco antes?

—Un poco antes, a veces. Cinco minutos antes, doctor.

—Muy razonable.

González Uribe, El Rino, se puso entonces a sumar. Levantó la cabeza, se com puso los lentes:

—Tenemos entonces lo siguiente, maestro: diez minutos al empezar, más quince minutos de *break* y cinco minutos al final... suman treinta minutos. Eso quiere decir que estrictamente hablando usted no da dos horas de clase sino una hora y media. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, doctor.

—Por lo tanto, en lugar de pagarle dos horas como hemos hecho, le pagaremos, en justicia, una hora y media a partir del mes siguiente. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —volví a decir, y a partir del mes siguiente dejé de dar clases para siempre en la Universidad Iberoamericana. **u**